

XXII

**L**icenciado ocupó la mañana en visitar al cura para pedirle datos acerca del nacimiento de «Pajarito» el cura exigió, para ahorro de tiempo, la fecha, si no exacta, por lo menos aproximada á la época de la presentación. «Por el año 58; días arriba, días abajo!» —aseguraba el Licenciado.

Hubo que desempolvar el archivo; bajar aquella balumba de empollados expedientes que formaban legajos, con rótulos estarcidos de negros caracteres romanos, en que se leían por números corridos los años y los meses á que pertenecía cada uno de ellos.

El relativo al 58 andaba allá por el último entrepaño del armatoste.

Tuvo un monaguillo, de los muchos que traía á la cola el cura, que tomar una escalera y subir por ella á bajar el abultado volumen que contenía las actas del año de 1858.

—«¿Como en qué mes?» —  
—«Verá vd. . . .» —contestó el Licenciado poniéndose el índice entre los labios.

—Creo que lo mejor será comenzar por el primer mes del año.

—¡No, señor cura, es mucha molestia y yo no quiero molestar á vd. . . .»

—No es ninguna, señor Licenciado; estoy en la obligación de dar todos los datos que se me piden de mi parroquia! . . .»

El Licenciado se entretenía en hacer cuentas con los dedos, como si por ellos diera con el mes de la fecha olvidada; el monaguillo sacudía el polvo al enorme legajo y le quitaba las telarañas; las pollas, al sentir los trapazos, salieron en legiones y una que otra cucaracha con

su prole huían rápidamente por el suelo; el cura, al ver los destructores bichos, exclamó, persiguiéndolos con saña: «¡A matar estas carcomas que están acabando con todos los papeles y con mi biblioteca!... ¡Toma, empecatada!... ¡Mata esa con el pie!... ¡A exterminar esa plaga!...» Y el monaguillo dejaba su tarea de limpieza y corría desalado en persecución de las cucarachas y de las polillas, despachurrándolas con los pies y haciendo aspavientos cuando lograba pillar alguna.

Ya en reposo, preguntó el cura:

—¿Quiénes fueron los padres de ese niño?

—Aquí los tengo apuntados... ¡mírellos vd.

El cura tomó de manos del Licenciado el papel que le alargaba.

—Sus padres: Mónica Reyes y Javier Illescás; padrinos: Luis Méndez y Laura Herrera; nació el año de 1858—leyó el cura, y al terminar exclamó muy con-

trariado: «¡El mes y el día son los que faltan!... ¡Eso es lo principal!»

El señor cura, sudando la gota gorda, hojeaba los papeles ya de arriba para abajo, ya del centro para el fin.

«¡Veré si por el nombre de los padres doy con la partida!... ¡José Yépez!... ¡Antonio García!... ¡Felipe Sánchez!... ¡Diego Ramírez!... ¡Luis Aguirre!... ¡Zenón Chávez!... ¡Luciano Pérez!...

—¡Y no es menudo el trabajo!—decía el cura en el fatigoso voltejeo de hojas y más hojas.

«¡Cástulo Mogica!... ¡Antonio Rodríguez!...»

Y leía nombres y más nombres y no parecía el que se buscaba.

—«Pues, señor Licenciado, hace más de media hora que registro estos papeles y no doy con el nombre de los padres de esa criatura; vuelva vd. mañana; hay que hacer con toda calma y despacio esta rebusca.»

El Licenciado se despidió muy corri-

do por no haber alcanzado el fruto de sus pesquisas, y prometió volver al día siguiente.

— «¿A qué horas?» — preguntó para no ser impertinente en su próxima visita.

— «Entre cinco y seis de la tarde.»

— «¡Muchas gracias!» — y después de un saludo reverente traspasó el umbral.

«Ir al Registro Civil es confesar de plano que soy un ignorante de tomo y lomo. . . .» «¡Año 58!» — repetía por el camino. — ¡El mes, el mes hace falta! . . . ¡Si me hubieran dicho por las cabañuelas ó por carnestolendas! . . . ¡Pero nada! . . . ¡Sólo se me aseguró que había nacido el año de 58! . . . ¡Vaya vd. á saber! . . . ¡Y tantos que habrán venido á este mundo en tal año! . . . Me dieron el año como si se tratara del comienzo de una era. ¡Yo sí que estoy en los comienzos de un viaje en paso de semana santa! . . . ¡Eh, buena me he metido! . . . ¡Pero no ceja-

ré; no cesaré, no! . . . ¡Qué había de cejar! . . . ¡Eso quisiera el buena pieza de Sátrapa, que me quedara atascado en medio del camino y arriara bandera pidiendo parlamento! . . . ¡Bueno soy yo para entregar la plaza sin un disparo! . . . ¡Allá se las compongan el médico y el sobrino con el tío. . . que yo por aquí he de buscarles las pruebas. . . fe . . . fe . . . fehacientes! . . . Y en seguida presento el cuerpo del delito. . . ¡Sí; el hijo hecho y derecho! . . . ¡Ni la sombra de Mac. . . Mac. . . ¡Macbeth! . . . ¿de Macbeth? . . . ¡ó de Banco! . . . No importa que sea uno ú otro, la cuestión, la gran cuestión es que aparezca el hijo y que caiga allí como una bomba de dinamita! . . . ¡Y qué cara que va á poner Sátrapa! . . . El médico tomará el portante á revienta cinchas con todo y récipes y botiquín. . . . El tío sacudirá el yugo que le sujeta á la cama y yo haré de Alejandro. . . ó de la espada de Alejandro . . . para cortar ese nudo Gordiano más apretado que un ba-

llestrinque! . . . Todas aquellas caras honestas cambiarán en un tris. . . Sonrisas al mibaradas por aquí. . . saludos ceremoniosos por allá. . . Que señor Sanchete por este lado. . . que señor Licenciado por el otro. . . que no. . . que sí. . . que cuánto. . . que tanto. . . que daca. . . que toma y que vuelta á tomar. . . que sí será. . . que si no será. . . ¡Y yo firme y resuelto sin dejarme embaucar por tan picotera zalamería!

El Licenciado Sancho Sánchez Sanchete de la Sanchada vence y viene el testamento; y se muere el viejo, y hereda «Pájaro,» y yo me estoy á verlas venir.

Pero me he metido en un disparadero. . . ¿Y si no parece la partida parroquial? . . . ¡Psch! ¡Entonces de mis títulos revalidados y frescos! . . . Por algo soy Licenciado y defensor de ese boca callada de «Pájaro» . . . ¡Sí, señor, boca callada y muy callada! . . . Porque cualquiera que no fuera él hablaría muy al-

to y roncol. . . Se abriría paso con los codos y se pondría en la peana que le corresponde para que le pidieran de por Dios una limosna, desde el Sátrapa hasta el médico! . . . Pero, no; este hombrazo está hecho de otra casta; parece de cal y canto. . . no se mueve. . . quiere que las cosas vengan á él por arte del demonio. . . No sabe, el muy bendito. . . ¿qué había de saber! . . . que si la montaña no viene á Ma. . . Ma. . . Mahoma. . . Mahoma va á la montaña!

Lo peliagudo del caso es que yo tengo que cargar con la montaña. . . hacer de . . . de . . . de . . . Hércules. . . ¿de Hércules, no! . . . de Atlas, para echarme sobre mis espaldas ese peso enorme de «Pájaro,» y llevarlo, transfigurándome en un San Cristóbal, metido en Pandectas, á la presencia de Mahoma. . . Y luego tirarle de la lengua al «Pájaro» y hacerlo cantar claro y á su tiempo.

¿Y si no parece la partida parroquial? El Licenciado siguió desenredando la

maraña de su pensamiento en un largo y variado soliloquio, hasta que dió con su persona en el cuarto del Hotel.

«¡Doña Paula!» . . . ¡Doña Paulita! . . . ¡Deme algo de al. . . al. . . . almorzar. . . Cualquier cosa. . . un par de huevos fritos. . . un bisté. . . con sus papas. . . ¡ese sí, muy tos. . . tos. . . . tostaditas! . . . Pescado. . . mariscos. . . vino. . . ya vd. sabe de cuál. . . de la Rioja. . . puro. . . sin mezcla de aguardiente ni bautizado con agua!

«Ahora almuerzo muy tranquilamente — se decía así mismo el Licenciado, quitándose la levita, el chaleco, la corbata y el cuello de la camisa. — Tengo voraz apetito. . . porque la caminata de aquí á la casa del cura, y de la casa del cura aquí, me ha abierto de una manera extraordinaria la gana de comer. . . . No vendría mal una copita de coñá para abrir boca. . . .»

«A ver, muchacha, tráeme coñá del bueno y una copita!»

La muchacha, que estaba extendiendo el mantel y colocando los platos sobre la extendida mesa redonda, trajo la botella y la copa.

«¡Ajajá! . . . ¡Muy bien! . . . ¡Ahora un traguito de agua!»

Paladeó el Licenciado el cognac; chasqueó la lengua; relamióse el bigote; tomó un trago de agua y se puso á dar toquecitos con los dedos en el borde de la mesa mientras le traían el pedido almuerzo.

Comió de cuanto le pusieron delante; alabando el sazón de este plato y ponderando las excelencias de aquel otro; bebió el vino con delicia, y antes de sorber el oscuro café que humeaba en la taza, mandó á la criada que le trajera un veguero de la caja que tenía sobre la mesa del cuarto en que se hospedaba; con esa parsimonia del fumador empedernido arrancó con los dientes la punta del puro, encendiólo en la azulosa flama de un fósforo, y entornando con delectación

los ojos le dió fuertes y prolongadas fumadas, echando humo por boca y narices.

Entre sorbo y sorbo de café y fumarada y fumarada de tabaco, iba pensando:

«Si lo de la partida de bautismo me resulta un paso en falso, me voy en derecha á «Pájaro». . . . Aunque anda con los puntillos de la honra allá por las siete cabrillas y los cuernos de la luna, le haré ver que está montado en ancas y á mujeriegas sobre Clavileño, ni más ni menos que el cándido de Panza, y que lo que cree desde su ilusorio encumbriamiento siete cabrillas y cuernos de la luna, no son sino estopa quemada y humo de pajas. . . .»

Hay que quitarle á este albañil el polvo de cal que le tuesta los poros y me lo convierte en estatua de yeso. . . . Hacerlo hombre práctico. . . . ponerlo en remojo para que suelte ese estueo que me lo tiene pesado é irresoluto. . . . Es una obra de albañilería que cualquier padre des-

calzo llamaría obra de misericordia. . . . Yo me sé que en este mundo todo es del color del cristal con que se mira. . . . según dijo Campillo y Correa. . . . ¡no, no, según el cantar de Campoamor! . . . . Y según se ve, aquí los cristales no son ahumados. . . . sino claros y muy claros: un hijo dejado por uno de tantos en el vientre de la madre que le echó al mundo. . . . un padre que corre por esos trigos de Dios. . . . un sobrino que se apodera de la fortuna de su tío. . . . y al final un hijo que hace valer sus derechos. . . . ¡Más clarito ni el problema de la hipotenusita!

«Y si no parece la partida bautismal? . . .»

Suspendió, un tanto, el Licenciado sus imaginaciones; hizo bolitas con migajas de pan, para á poco levantarse de la mesa, hasta entonces sin otros comensales, y con paso reposado irse á sentar en una mecedora; tomó un periódico que por una silla andaba, y se metió en la lectu-

ra del papel, con vista inquieta que sólo leía los títulos, recordando quizá aquello de que «después de comer ni un sobrescrito leer.»

Y «¡Nada entre dos platos!... ¡qué prensa, por señor Santiago!... Una plana para las notas del Cabildo... otra para precios del Mercado... y la última para los anuncios comerciales!... ¡Y en el artículo de fondo un tonel de las Nereidas!... ¡no, qué diablos, de las Dánaes!... Sin fondo, sí señor, sin fondo, por donde se sale á chorros una pedantería hueca y sonante llena de sofismas y de galimatías... para quedar el residuo de un fermento de civilización de hugonote... de... de... ¡gorrote!

¡Qué tiempos los míos! ¡Aquello sí que era periodismo de bregal! Las opiniones se exhibían limpias de polvo y paja y se iba uno al grano: al pan se le llamaba pan, sin andarse con pitos flautas, y al vino, vino; clarete, muy clarete sin encabezado con agua de cerrajas!...

¿Y en la polémica? ... ¡Puro torneo de lanza en ristre y visera alzada! ... ¡Yo dí cada varapalo por ahí! ... ¡Aun duran los cardenales! ... ¿Que este decía que la propiedad era un privilegio de las clases trabajadoras? ... Allá salía yo con la teoría de que la propiedad era un robo. ... ¿Qué el otro afirmaba que el classicismo era una roña? ... De los puntos de mi pluma brotaban los dos Luises, el padre Rivadeneira, Lope de Vega, los místicos, Cervantes y toda su parentela... que como propicias cataplasmas apagaban el ardor bélico de mis contrincantes. ... ¡Eso sí era periodismo de buena cepa. ... lo demás es comistrajo y bodrio!

Soltó el Licenciado el periódico de las manos, se arrellanó en el sillón y quedóse muy plácidamente dormido, soñando sin duda con el asunto de la partida parroquial que á cada trique se le interponía en el desbordamiento de su nunca quieta y siempre disparada imaginación.

—Aquí está la partida, señor Sanche—te, y buen trabajo que nos ha costado hallarla; hemos tenido que revolver ma con Santiago.

—¡No me diga vd.!—exclamó el Licenciado regodeándose y bullendo de alegría.

—Mire vd.:

«En la Iglesia Parroquial de San Crisóbal, á dieciocho de noviembre del año de mil ochocientos cincuenta y ocho, yo, el Presbítero D. Nicasio Pérez, cura y vicario foráneo de esta feligresía, bauticé solemnemente, puse óleo y crisma al niño Dionisio, nacido en esta villa el día seis de Noviembre de mil ochocientos cincuenta y ocho, hijo natural de Mónica Reyes y de padre desconocido. Fueron sus padrinos: Luis Méndez y Laura Herrera, á quienes advertí sus obligaciones y parentesco espiritual que

contraieron. Doy fe: *Nicasio Pérez*.

—¡Hola, esa... esa... esa tenemos!

—exclamó el Licenciado que había escuchado la lectura sin interrupción; sacó el primer, torvo, después é irónico cuando el cura dió remate al documento.

—¿Con que de padre desconocido?—

—¡En esa habíamos de quedar!

—¡Qué le vamos á hacer, señor Licenciado! nosotros no podemos obligar á ninguna persona á que dé el nombre del padre de la criatura que viene á recibir las aguas benditas del bautismo; con aplicarle al infante los santos óleos, darle la sal y el crisma, llenamos nuestros deberes sacerdotales.

—No, si yo no culpo á Vd. . . . ¡La culpa es de esos señores que vinieron á presentar á la criatura! . . . ¿Entonces, este niño, hecho cristiano por gracia del agua bautismal, no puede llevar el nombre



del padre que lo en... en... engendro como globo combatido por la inconstan-

—¡Eso queda á la elección del interés de los vientos...  
sado, señor mío!

—Perfectamente bien; tengo que aclarar en el corazón... ¡Y tanto que fiaba  
rar este punto y otros puntos para por me ufanaba con la fe de bautismo!...  
ner los ídem sobre las íes; sí, señor en Y lo más particular del caso, que no en-  
ra; porque es necesario enderezar esta caja el recurso de la información testi-  
en... en... entuerto... re... re... re... repañonial!... ¡De los padrinos no ha que-  
parar esta injusticia!... ¡Dado ni uno para contarlos!... ¡Ahora

—¡Como vd. guste!—dijo el cura cofalta que «Pájaro» lleve el apellido de  
mo pudiera decir: «Puede vd. marcharse madre!... ¡entonces sí que me luzco  
se con su música á otra parte.» como hay Dios!... ¡Pero qué estoy di-

Sanchete comprendió el papel pociendo?... ¡Si parece que he perdido la  
airoso que representaba en aquella oca chaveta con el escopetazo del cura!...  
sión; pidió permiso para retirarse; dió Y si lleva el apellido de la madre, qué?...  
las gracias afectuosamente, y salió abo Es como si á una botella de aloja le ponen  
minando de las partidas bautismales en una etiqueta de cognac de 1830!... ¡Pu-  
que se asientan á los hijos de padres desta mistificación!...  
conocidos.

Aquel fué un sofocón que le duró aheha calma, que la gran ciencia de la vi-  
gunos minutos, dentro los cuales hilabada es saber esperar... Tú predicas esto  
y deshilaba la hebra de su incansable ga como máxima y no lo practicas como  
rrulería, de esa garrulería que iba y venía principio... ¡Y un hombre de firmes re-  
dentro de las cavidades de su cerebro soluciones como tú, debe ser consecuen-

te con sus principios. Sigamos acontecimientos con sus pasos contados y las mismas circunstancias traerán el mismo recurso legal para salir airoso del lance. Además, mi buen Sanchete, ¡no ignoras que falta del principio la mitad de la mitad el final! En el final es todo, de igual suerte que en las cartas amorosas de las muchachas bonitas recatadas. ¡Nada de sofocarse, ni de echar bravatas, ni de ponerse fiero! «Audaces fortuna juvat.» Esta es mi divisa y no he de separarme de ella. ¡Adelante! Hasta hoy no he andado más que como dominguillo subiendo bajando sin dar en un justo medio. ¡Estos malditos nervios lo echan todo perder! . . . ¡Si yo tuviera seda floja en vez de nervios tirantes! . . . ¡Pero para qué sirve un hombre sin empuje, sin brío ni iniciativa. . . para que le llamen «Pajarito,» se deje usurpar un derecho y quede tan campante? . . .

¡No, Sanchete; los hombres de tu m

era; los hombres de tu fuste, luchan, leitean y triunfan! . . . ¡Adelante!

Ahora veré á ese pedazo de hombre que se ha encastillado en quedarse «Pájaro» á secas, cuando puede ser Infancia Illescas á todo vuelo.

¡Y que no me venga con romanticismos rancios que no pegan con su humilde condición de jornalero!

Para mí lo mismo es que sea «Pájaro» que sea «Pajarito,» el caso está en que se vulnera la justicia, se barrena la ley y se entroniza la rapiña. . . ¡La ley ante todo!

Licurgo se arrojó al mar, lejos de sus conciudadanos, para que se practicaran sus leyes hasta su vuelta, y se salvó el pueblo de Esparta!

¡Yo me arrojo en este mar, de ignominias y de asechanzas para salvar la ley!

«Dura lex, sed lex! . . .»

Tengo armas, tengo recursos, tengo inteligencia. . . Pues bien, ¡todo lo pondré al servicio de la causa que defiendo! . . .